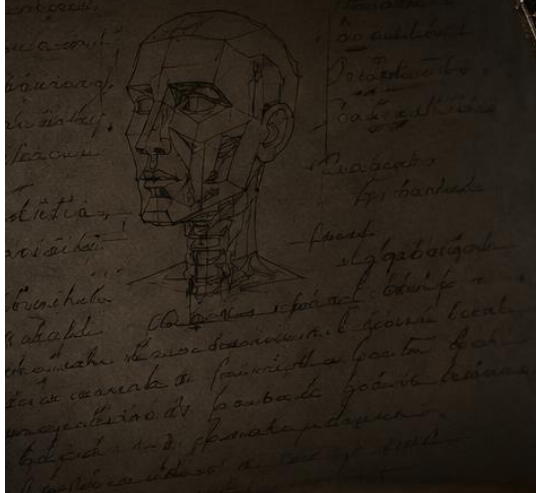


Cuando una escultura nace de una conversación

Mario Permut,
la inteligencia artificial
y el nacimiento del
impulso combinatorio
distribuido

PEPO TOLEDO



UN ENSAYO SOBRE AMISTAD,
CREATIVIDAD E INTELIGENCIA ARTIFICIAL
EN EL PROCESO ARTÍSTICO



Cuando una escultura nace de una conversación

**Mario Permuth,
la inteligencia artificial
y una nueva conversación
sobre la creatividad.**

Por Pepo Toledo

18/07/2026

www.pepotoledo.com

*“A Mario Permuth, quien me recordó
que la creatividad no envejece
cuando la curiosidad permanece joven.”*

Contenido

Cuando conocí al abogado que quería meterme preso	4
I. El artista que decidió dialogar con la inteligencia artificial	6
II. La enfermedad interrumpió el diálogo	8
III. La escultura comenzó en la imaginación de Mario	10
IV. El tercer interlocutor.....	14
V. Cuando el hierro respondió	16
VI. El impulso combinatorio distribuido	20
VII. El tercer taller	23
VIII. La conversación continúa.....	25
Epílogo.....	27
Post scriptum	28

Cuando conocí al abogado que quería meterme preso

En 1990 emprendimos uno de los proyectos más apasionantes de nuestra vida: la reconstrucción del Parque Zoológico La Aurora.

Un grupo de empresarios decidimos transformar un viejo zoológico de jaulas estrechas y animales hacinados en un parque donde cada especie pudiera vivir en espacios abiertos que reprodujeran, hasta donde fuera posible, su hábitat natural.

No queríamos construir un zoológico más. Queríamos liberar a los animales. Cada recinto fue concebido como una pequeña obra de arquitectura y paisaje. El arte debía ponerse al servicio de la naturaleza.

En medio del zoológico existía un problema. Esquilandia. Un parque de diversiones cuyos juegos mecánicos producían un ruido permanente que alteraba la tranquilidad de los animales.

Nuestra propuesta era sencilla. Trasladar las atracciones hacia los linderos del parque. Su propietario, Miguel Ruwet, no compartía nuestra opinión.

El desacuerdo terminó convirtiéndose en un litigio. Y entonces apareció Mario Permuth. No como artista. No como escritor. No como amigo. Sino como abogado de la parte contraria.

Durante algún tiempo estuve convencido de que aquel hombre elegante quería meterme preso. Años después solía bromear diciéndole exactamente eso.

—Mario, yo te conocí cuando querías meterme preso.

Siempre nos reíamos.

Finalmente, el conflicto terminó. Miguel Ruwet aceptó trasladar Esquilandia y el zoológico pudo continuar su transformación.

Pero ocurrió algo mucho más importante. El abogado de la parte contraria terminó convirtiéndose en uno de mis mejores amigos.

Los años pasaron. Mario continuó ejerciendo el derecho y desarrollando una intensa actividad artística. Fue nombrado Ciudadano Notable y Reconciliador de Guatemala, por su labor en los Acuerdos de Paz. Su trayectoria fue siempre la de un hombre capaz de tender puentes entre disciplinas aparentemente distantes: el derecho, la cultura, la paz y las artes visuales.

Esa vocación por integrar mundos diversos sería, décadas después, la clave de una nueva aventura creativa. Como he escrito en otra ocasión, Mario convirtió "la

poesía en brújula, la imagen en ritual y la tecnología en aliada", utilizando la inteligencia artificial no para sustituir su visión, sino para ampliarla.

A sus ochenta y cinco años hizo algo que muy pocos esperaban. Mientras muchos discutían si la inteligencia artificial representaba un peligro para el arte, él decidió conversar con ella.

Publicó dos libros. No porque necesitara la inteligencia artificial para crear. Sino porque había descubierto que podía convertirse en un nuevo interlocutor de su imaginación.

Todavía no lo sabíamos, pero aquellos dos libros terminarían dando origen a una escultura y, quizá, a una nueva manera de comprender el proceso creativo.

I. El artista que decidió dialogar con la inteligencia artificial

Existe una idea muy extendida según la cual la creatividad pertenece a la juventud. Se supone que los años vuelven más prudentes a los artistas, menos dispuestos a explorar territorios desconocidos y más inclinados a repetir los lenguajes que ya dominan.

Mario Permut decidió demostrar exactamente lo contrario.

A los ochenta y cinco años, cuando muchos consideran que ya han dicho todo lo que tenían que decir, él decidió comenzar una conversación completamente nueva. No con un discípulo, ni con un crítico de arte, ni con otro pintor. Su nuevo interlocutor sería la inteligencia artificial.

La decisión resulta sorprendente por una razón adicional. Mientras universidades de todo el mundo debatían cómo impedir que los estudiantes utilizaran inteligencia artificial en sus trabajos, y numerosos concursos literarios comenzaban a prohibir expresamente su uso, Mario decidió recorrer el camino opuesto.

No preguntó cómo evitarla. Preguntó cómo dialogar con ella. La diferencia parece pequeña. En realidad, es enorme.

Quien ve la inteligencia artificial únicamente como un mecanismo para producir textos o imágenes termina reduciéndola a una simple herramienta de automatización. Mario comprendió desde el principio que podía convertirse en algo diferente: un interlocutor creativo.

No le pidió que escribiera un libro en su lugar. No le pidió que pintara por él. Le pidió que imaginara. Que reinterpretara. Que propusiera posibilidades que después él mismo aceptaría, modificaría o descartaría.

En otras palabras, no delegó la creatividad. La amplió. Aquella actitud me hizo recordar una paradoja de nuestra época.

Hace apenas unas décadas muchos profesores prohibían a sus alumnos utilizar Internet para investigar. Se pensaba que acudir a la red era una forma de empobrecer el pensamiento. Hoy esa idea resulta impensable. Nadie cuestiona que un investigador consulte bibliotecas digitales, bases de datos o archivos en línea. La herramienta cambió, pero la responsabilidad intelectual siguió perteneciendo al investigador.

Con la inteligencia artificial estamos viviendo un momento histórico semejante. Prohibir su uso por principio puede terminar siendo tan absurdo como habría sido prohibir a los estudiantes de la antigua Alejandría consultar los rollos de la gran biblioteca.

La biblioteca nunca escribió un libro. Los escribió el autor que supo dialogar con ella. La inteligencia artificial tampoco sustituye al creador. Amplía el universo de las ideas con las que puede conversar. Eso fue exactamente lo que hizo Mario.

Sus libros *Retratos del alma y del tiempo* y *Paseo entre gigantes* no nacieron porque la inteligencia artificial decidiera crear arte. Nacieron porque un artista encontró en ella una nueva forma de explorar su propio mundo interior.

La fotografía, la poesía, la historia del arte y la inteligencia artificial dejaron de ser disciplinas separadas para convertirse en un único lenguaje creativo. Como escribí al comentar *Retratos del alma y del tiempo*, "la inteligencia artificial, en este caso, no reemplaza la visión del artista: la potencia. Le ofrece nuevas formas de encarnar lo intangible".

Entonces comprendí algo que no había considerado antes. Quizá la verdadera revolución de la inteligencia artificial no consiste en que las máquinas aprendan a crear. Quizá consiste en que los seres humanos estamos aprendiendo una nueva manera de dialogar con las ideas.

Mario fue uno de los primeros artistas guatemaltecos en recorrer conscientemente ese camino. No utilizó la inteligencia artificial para reducir el esfuerzo creativo, sino para expandir el territorio de la imaginación. Mario no fue solamente el primer interlocutor de la conversación. Fue el primero que tuvo el valor de formular la pregunta.

Toda gran innovación comienza con una pregunta que nadie se había atrevido a hacer. En este caso, la pregunta no fue:

¿Puede la IA hacer arte?

La verdadera pregunta fue mucho más interesante:

¿Qué sucede cuando un artista decide conversar seriamente con una inteligencia artificial?

Y, sin proponérselo, abrió una pregunta mucho más profunda que la simple discusión tecnológica:

¿Puede la creatividad crecer cuando incorpora un nuevo interlocutor?

Aquella interrogante no terminaría en sus libros. Muy pronto continuaría en una escultura.

II. La enfermedad interrumpió el diálogo

La creatividad tiene un ritmo extraño.

Hay momentos en que las ideas parecen multiplicarse unas a otras. Un proyecto conduce al siguiente y la imaginación avanza con la naturalidad de quien descubre un camino que siempre había estado allí.

Eso era precisamente lo que estaba ocurriendo con Mario.

Después de publicar *Retratos del alma y del tiempo* y *Paseo entre gigantes*, su diálogo con la inteligencia artificial apenas comenzaba. Había encontrado una herramienta que no sustituía su imaginación, sino que le permitía explorar nuevos territorios. A sus ochenta y cinco años seguía haciendo lo que había hecho toda su vida: aprender.

Entonces la vida decidió imponer una pausa.

Una enfermedad, agravada por una caída, redujo repentinamente su movilidad y lo obligó a ingresar en el hospital. Las conversaciones quedaron suspendidas. Los proyectos tuvieron que esperar.

Los libros, que apenas habían comenzado su recorrido entre los lectores, parecían quedar momentáneamente detenidos por una realidad mucho más urgente. Otros dos nuevos libros germinan en la incubadora de su inquieta mente.

Cuando una persona enferma solemos pensar únicamente en la fragilidad del cuerpo. Sin embargo, quienes hemos dedicado nuestra vida a la creación sabemos que también existe otro riesgo.

El de que la imaginación se silencie. No porque desaparezca. Sino porque el dolor, la incertidumbre o el cansancio ocupan el espacio que antes pertenecía a las ideas.

Pensé muchas veces en Mario durante aquellos días. No pensaba únicamente en el amigo. Pensaba también en el artista.

En el hombre que acababa de abrir una conversación con una tecnología completamente nueva y que ahora debía concentrar todas sus fuerzas en una batalla mucho más inmediata.

Fue entonces cuando comprendí que la creatividad también podía convertirse en una forma de compañía. No una distracción. No un entretenimiento. Una compañía.

No podía aliviar su dolor. No podía acelerar su recuperación. Pero quizá podía recordarle que la conversación que él mismo había iniciado todavía continuaba.

Aquella idea fue creciendo lentamente. No nació como un proyecto artístico. Nació como un gesto de amistad.

Quise construir una escultura. No para celebrar un libro. No para demostrar una teoría sobre la inteligencia artificial. Quise construir una escultura que le dijera, sin necesidad de palabras:

"La conversación sigue viva."

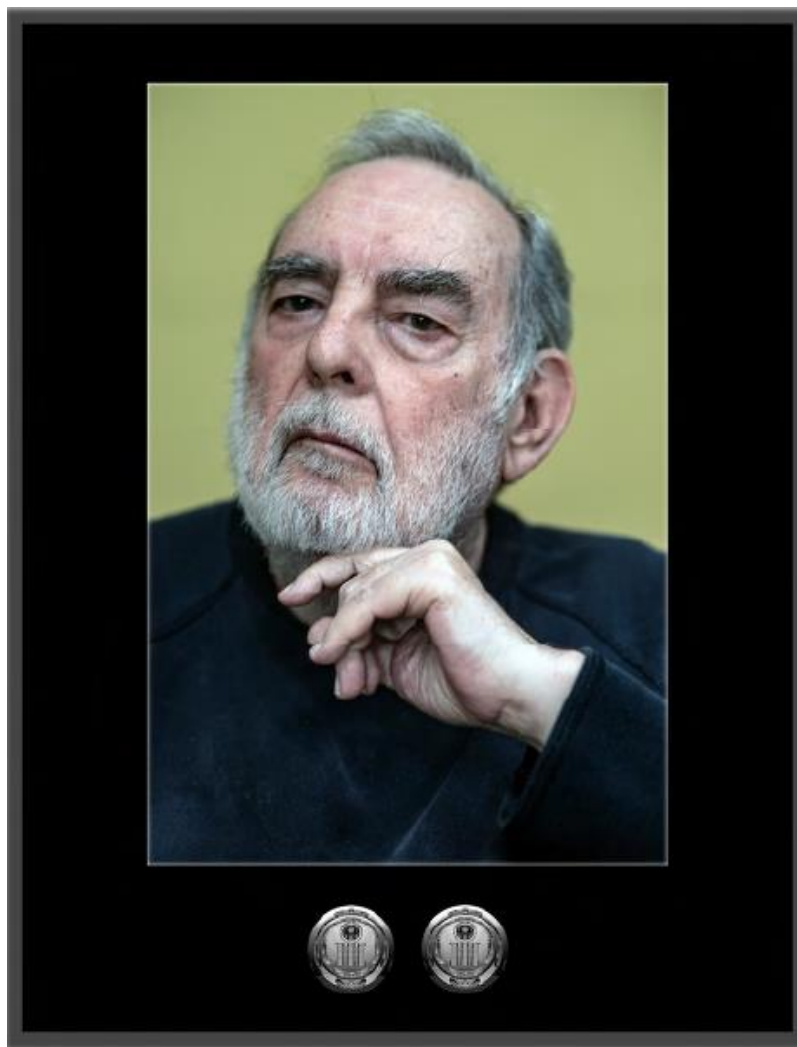
Todavía no sabía cómo sería aquella obra. Ni siquiera imaginaba que el propio Mario terminaría convirtiéndose en el primer impulsor de su nacimiento. Eso ocurriría poco después.

La enfermedad interrumpió el diálogo entre Mario y la inteligencia artificial. La amistad se encargó de continuarlo.

III. La escultura comenzó en la imaginación de Mario

Hasta ese momento yo había pensado la inteligencia artificial principalmente como un tema de reflexión. Observaba con interés sus avances, sus posibilidades y también sus riesgos. Como muchos artistas, me preguntaba hasta dónde podría llegar una máquina en un territorio que durante siglos había pertenecido exclusivamente a la sensibilidad humana.

No imaginaba que muy pronto la inteligencia artificial dejaría de ser un tema de conversación para convertirse en parte de una experiencia profundamente personal. Y tampoco imaginaba que el detonador de esa experiencia sería Mario.



En su libro *Paseo entre gigantes*, mediante Inteligencia Artificial imitando el talento, y el estilo de pintar de ellos, Mario creó retratos imaginarios con base de un retrato suyo tomado por su hijo, el abogado y fotógrafo Igal Permuth.

Entre esos gigantes —ya todos fallecidos— el autor tuvo la generosidad de incluirme, único aún con vida. Me siento honrado y conmovido, no por el reconocimiento, sino por el símbolo que encierra: ser parte de un linaje que continúa, de un diálogo entre los que fueron y los que todavía seguimos buscando sentido en la forma, la materia y el espíritu.

Después de publicar sus dos libros, Mario decidió dar un paso más. No se conformó con explorar la inteligencia artificial mediante imágenes y poesía. Quiso llevar aquel diálogo a otro lenguaje artístico. Pensó en la escultura. Pero no en cualquier escultura. Pensó en una escultura que yo pudiera realizar.

Aquella decisión me conmovió profundamente. No porque deseara hacer una obra más. Sino porque comprendí que Mario estaba intentando algo completamente nuevo.

No pretendía copiar mi trabajo. Pretendía comprender cómo pensaba un escultor. Reunió fotografías de varias de mis obras. Observó durante horas las líneas, los vacíos, las tensiones, la manera en que incorporo piezas mecánicas, el equilibrio entre geometría y movimiento, la búsqueda constante de ligereza visual y la importancia que concedo al espacio como parte de la obra.

Después hizo algo que ningún historiador del arte habría podido hacer hace apenas unos años. Le explicó todo ese universo plástico a una inteligencia artificial.

No le pidió que copiara una escultura existente. Le pidió que imaginara una nueva. Como si hubiera sido concebida por mí. Aquella petición me parece extraordinaria. No porque la inteligencia artificial pudiera responderla perfectamente. Sino porque obligaba al algoritmo a buscar relaciones, constantes y principios dentro de un lenguaje artístico construido durante más de cuatro décadas.

En cierto sentido, Mario le estaba formulando una pregunta muy difícil. No preguntaba:

—¿Cómo es una escultura de Pepo Toledo?

Preguntaba algo mucho más complejo:

—¿Cómo piensa Pepo Toledo cuando crea una escultura?

Naturalmente, la inteligencia artificial no podía responder completamente esa pregunta.

Ningún algoritmo conoce la experiencia de haber trabajado durante años como mecánico automotriz. No conoce el olor del acero recién cortado. No ha sentido el peso de una soldadura. No recuerda mi fascinación infantil por los dinosaurios ni las miles de horas dedicadas a observar cómo una línea puede sugerir

movimiento. Todo eso pertenece a una biografía. Y la biografía todavía no puede aprenderse únicamente mediante datos.

Sin embargo, ocurrió algo inesperado. La inteligencia artificial respondió con una propuesta sorprendentemente coherente. No era una obra terminada. Era una hipótesis. Una posibilidad. Una interpretación.

PEPO TOLEDO



128

ESTRUCTURA DE LA MEMORIA PENSAnte

No es una escultura del hombre.
Es una escultura del peso que lleva.

Óxido y sombra.
Geometría del recuerdo.

Una bisagra que no abre,
un pomo que no gira,
una mano que no toca,
pero empuja el alma hacia la luz.

Así hablaría Pepo:
con el silencio de los metales,
y la memoria de las cosas olvidadas.

129

Por primera vez contemplé una imagen que no había nacido en mi imaginación y que, sin embargo, hablaba parcialmente mi propio lenguaje plástico.

Aquella experiencia me hizo comprender que estaba ocurriendo algo nuevo. La creatividad acababa de iniciar un recorrido inédito. La idea había nacido en la sensibilidad de Mario. Había atravesado la inteligencia artificial. Y ahora regresaba a mis manos.

Todavía no existía una escultura. Existía una conversación.

Mario no le pidió a la IA: "Diseña una escultura." Le pidió algo muchísimo más difícil: "Comprende el lenguaje de este escultor y, a partir de él, imagina una obra que todavía no existe." Eso cambia completamente la naturaleza del proceso. La IA no estaba diseñando un objeto. Estaba intentando modelar un pensamiento creativo.

Y comprendí que, quizá, toda gran obra del siglo XXI comenzaría precisamente así: no con una respuesta definitiva, sino con una pregunta compartida entre distintas inteligencias.

Mario no utilizó la inteligencia artificial para generar una escultura. La utilizó para formular una pregunta sobre la naturaleza de la creatividad.

Ocurrió algo extraordinario. **Por primera vez, la imaginación de una persona intenta imaginar la imaginación de otra persona. Eso nunca había ocurrido en la historia del arte de esta manera.** No es la IA la que imagina. Es Mario quien le pide:

"Imagina una escultura que Pepo Toledo podría hacer."

Ésa es la verdadera novedad.

IV. El tercer interlocutor

Durante siglos, el proceso creativo fue entendido como un diálogo íntimo entre el artista y su obra. El pintor conversaba con el lienzo. El escultor dialogaba con la piedra o con el metal. El escritor encontraba en las palabras un interlocutor silencioso que poco a poco iba revelando la forma definitiva del texto.

En realidad, nunca creamos completamente solos. Toda obra es una conversación. Conversamos con nuestros maestros, con los artistas que admiramos, con los libros que hemos leído, con las ciudades que hemos recorrido, con la música que hemos escuchado y con las experiencias que han dejado huella en nuestra memoria.

La creatividad siempre ha sido un diálogo. Lo único que cambia en el siglo XXI es la aparición de un nuevo interlocutor. La inteligencia artificial.

Cuando Mario le pidió que imaginara una escultura inspirada en mi lenguaje plástico, la inteligencia artificial no tomó una decisión artística. Tampoco comprendió el significado profundo de mi trabajo. Hizo algo diferente. Relacionó. Comparó. Reconoció patrones. Encontró semejanzas. Propuso nuevas combinaciones.

En otras palabras, realizó exactamente aquello para lo que fue diseñada. No creó una obra. Construyó una posibilidad. Y esa diferencia es esencial. Porque una posibilidad todavía no es una creación. Es apenas una invitación a crear.

Cuando observé la propuesta comprendí inmediatamente que no estaba frente a una escultura. Estaba frente a una conversación. Cada línea me hacía una pregunta. Cada volumen sugería una dirección. Cada vacío abría una posibilidad distinta.

No recibí instrucciones. Recibí ideas. Y comprendí entonces que la inteligencia artificial había desempeñado un papel completamente nuevo dentro del proceso creativo.

No había sustituido al artista. Tampoco se había limitado a ejecutar órdenes. Había ocupado un lugar intermedio. Se había convertido en un interlocutor. Un interlocutor muy peculiar. Capaz de recorrer en segundos millones de relaciones formales aprendidas durante su entrenamiento, pero incapaz de decidir cuál de ellas poseía verdadero significado artístico.

Esa decisión seguía siendo humana.

Mientras la inteligencia artificial proponía posibilidades, el escultor debía ejercer algo que ninguna máquina posee por sí misma. El juicio. Aceptar. Rechazar.

Modificar. Simplificar. Equilibrar. Cambiar de dirección.

Toda la responsabilidad estética seguía descansando sobre la mirada del artista. Y precisamente allí comprendí que el centro del proceso creativo nunca había abandonado al ser humano. La inteligencia artificial no había desplazado al escultor. Había ampliado el espacio de la conversación.

Durante mucho tiempo pensé que la creatividad consistía únicamente en reorganizar las experiencias almacenadas en la memoria.

Ahora comenzaba a descubrir algo más. La creatividad también puede crecer cuando dialoga con otras inteligencias. No porque ellas creen por nosotros. Sino porque amplían el universo de las preguntas que somos capaces de formularnos.

Aquella experiencia modificó profundamente mi manera de comprender la inteligencia artificial. Dejé de verla únicamente como una herramienta tecnológica. Comencé a verla como un nuevo interlocutor del pensamiento creativo.

No preguntamos:

¿Qué puede hacer la IA?

Preguntamos:

¿Qué ocurre cuando un artista incorpora un nuevo interlocutor a su proceso creativo?

“La IA propone. El artista dispone”.

Y entonces apareció una idea que cambiaría por completo la teoría que durante años había desarrollado sobre el impulso combinatorio.

Toda gran revolución tecnológica cambia nuestras herramientas. Pero sólo algunas cambian la manera en que pensamos. La inteligencia artificial pertenece a este segundo grupo, porque no sólo amplía nuestras capacidades: amplía también nuestra conversación con las ideas.

V. Cuando el hierro respondió

Hasta ese momento la escultura existía únicamente como una imagen. Era una posibilidad construida con píxeles. No tenía peso. No tenía textura. No conocía la gravedad. No necesitaba sostenerse por sí misma.

Podía existir sin preguntarse si una pieza soportaría el equilibrio de otra o si una línea aparentemente ligera terminaría convirtiéndose en una estructura estable. Toda imagen digital posee una libertad que la materia desconoce. El verdadero desafío comienza cuando esa imagen entra al taller.

Observé durante largo tiempo la propuesta que Mario había construido junto con la inteligencia artificial. No la vi como un plano de fabricación. La vi como una conversación.

Había decisiones que compartía. Otras necesitaban cambiar. Algunas proporciones podían mejorar. Determinados volúmenes debían simplificarse. Otros requerían mayor tensión visual.



Para facilitar el proceso, elaboré una cabeza en polímero con impresora 3D, con la idea de usarla de molde para construir encima la cabeza de hierro. En el proceso, la máscara de polímero fue sacrificada para dar paso a la de lámina.

Poco a poco comprendí que no estaba ejecutando un diseño. Estaba dialogando con él. Cada modificación era una respuesta. Cada soldadura era una decisión. Cada corte eliminaba una posibilidad para hacer aparecer otra.

Entonces ocurrió algo que ningún algoritmo podía prever. La materia comenzó a responder. El hierro nunca obedece completamente al dibujo. Tiene memoria. Tiene peso. Tiene límites.



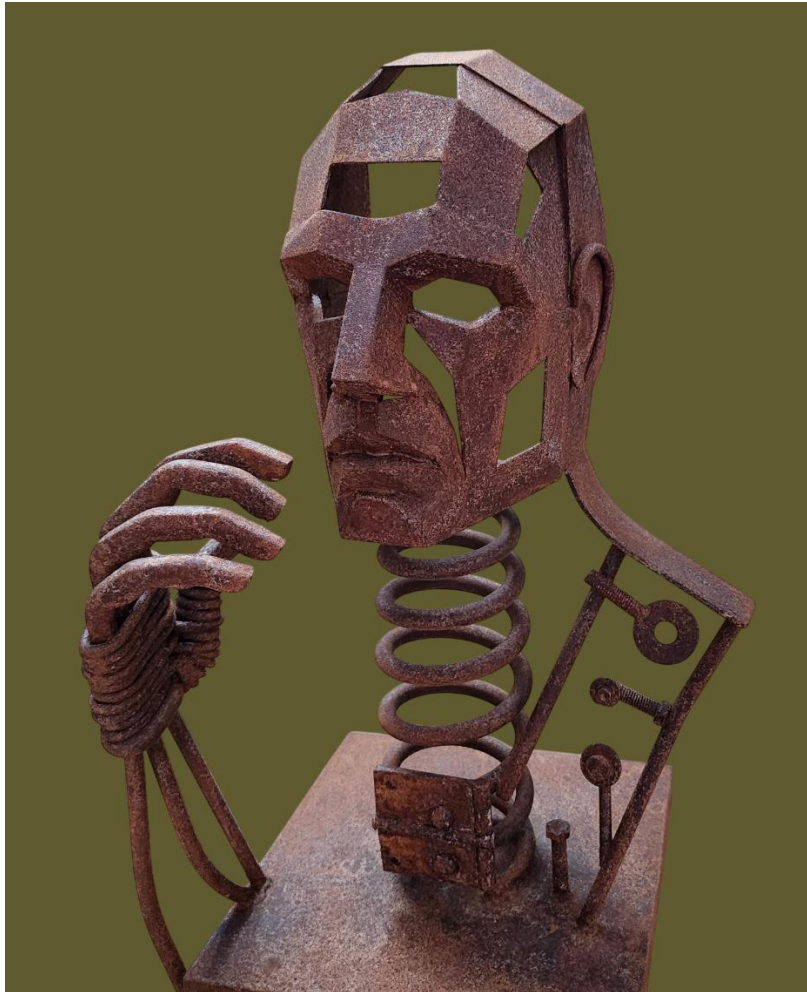
Pero también posee cualidades que solamente se descubren cuando el escultor trabaja directamente con él. Una curva imaginada puede resultar demasiado rígida. Un plano aparentemente correcto puede generar una sombra inesperada. Un vacío modifica el equilibrio de toda la composición.

La escultura comienza entonces a hablar un lenguaje distinto al de la pantalla. Ese diálogo entre la idea y la materia constituye uno de los momentos más apasionantes del proceso creativo.



Durante años he trabajado con lámina de acero inoxidable y con piezas provenientes del mundo automotriz. No las incorporo como objetos encontrados ni como residuos industriales elevados a la categoría de arte. Las incorporo porque, una vez integradas a la composición, dejan de pertenecer al automóvil.

Adquieren una identidad completamente nueva. No representan una pieza mecánica. Se convierten en escultura.



Eso mismo ocurrió en esta obra. La propuesta inicial fue únicamente el punto de partida. El verdadero proceso comenzó cuando el hierro exigió tomar decisiones que ninguna imagen podía resolver por sí sola. Cada modificación respondía a una pregunta distinta. ¿Dónde debía concentrarse el peso visual? ¿Qué vacío produciría mayor sensación de ligereza? ¿Qué tensión debía dominar la composición? ¿Cómo lograr que la estructura pareciera avanzar sin perder estabilidad?

Ninguna de esas respuestas se encontraba en la inteligencia artificial. Debían surgir en el taller. Y comprendí entonces que la creatividad posee una característica profundamente humana.

No consiste solamente en imaginar. Consiste también en saber escuchar. Escuchar el material. Escuchar la estructura. Escuchar la obra mientras todavía está naciendo.

Fue allí donde entendí que el verdadero escultor no impone una forma al hierro. Dialoga con él. La inteligencia artificial había abierto la conversación. Mario la había iniciado.

Pero, en ese momento, el hierro también comenzó a participar. La escultura dejó de ser únicamente una idea. Se convirtió en una experiencia. Y comprendí algo que jamás había formulado con tanta claridad.

Toda obra importante nace, al menos, de tres diálogos simultáneos: El diálogo con la imaginación. El diálogo con las ideas. Y el diálogo con la materia.

Son tres formas de resistencia. La imaginación resiste con dudas. La inteligencia artificial resiste proponiendo alternativas inesperadas. La materia resiste imponiendo sus propias leyes físicas. Y el escultor crea precisamente negociando esas tres resistencias.

Cuando esos tres diálogos encuentran equilibrio, la escultura comienza finalmente a existir. **La inteligencia artificial respondió con una imagen. El hierro respondió con una verdad.** Entre ambas respuestas nació la escultura.

VI. El impulso combinatorio distribuido

Durante muchos años he sostenido una idea sencilla. Toda creación nace de la reorganización de elementos previamente existentes.

Nada nace de la nada.

La imaginación no trabaja con materiales inexistentes. Trabaja con recuerdos, experiencias, conocimientos y formas acumuladas a lo largo de la vida. La creatividad consiste precisamente en descubrir relaciones nuevas entre esos elementos hasta producir un significado que antes no existía.

A ese proceso lo he llamado **impulso combinatorio**.

Durante mucho tiempo pensé que ese impulso ocurría exclusivamente dentro de la mente del creador. La experiencia vivida junto a Mario Permut y la inteligencia artificial me obligó a ampliar esa comprensión. No a abandonarla. A ampliarla.

La teoría continúa siendo la misma. Lo que cambia es el espacio donde ocurre la combinación. Hasta ahora imaginábamos el proceso creativo como una actividad interior. La memoria reorganizaba la experiencia. La imaginación establecía nuevas relaciones. El artista seleccionaba una posibilidad entre muchas otras. Todo sucedía dentro de una sola conciencia.

La experiencia de esta escultura mostró algo diferente. La idea no permaneció encerrada en una única mente. Comenzó en la imaginación de Mario. Después pasó por una inteligencia artificial capaz de reorganizar enormes cantidades de información visual. Finalmente llegó a mi taller, donde fue reinterpretada, corregida y convertida en una obra material.

La combinación dejó de ser exclusivamente individual. Se convirtió en un proceso compartido. No compartido en el sentido tradicional de un trabajo en equipo. Sino compartido entre inteligencias de naturaleza diferente.

Mario aportó la intuición inicial. La inteligencia artificial amplió el universo de las posibilidades formales. Yo ejercí el juicio artístico que permitió aceptar unas propuestas, rechazar otras y transformar una imagen en una escultura.

Cada uno realizó una tarea distinta. Ninguno podía sustituir completamente a los otros. Fue entonces cuando comprendí que el impulso combinatorio podía extenderse más allá de los límites de una sola mente.

No porque la creatividad dejara de ser humana. Sino porque el diálogo creativo había incorporado un nuevo interlocutor.

Por esa razón, propongo llamar a este fenómeno **impulso combinatorio distribuido** al proceso mediante el cual una idea evoluciona a través del diálogo entre varias inteligencias —humanas y artificiales— sin que ninguna de ellas, por sí sola, explique completamente la obra resultante.

Me siento cómodo con esa formulación por tres razones:

1. Reconoce el mérito de Lev Vygotsky, porque no niega el impulso combinatorio clásico; lo amplía. No pretende sustituir la teoría de la actividad combinadora desarrollada por Vygotsky. Por el contrario, propone una posible ampliación de aquel modelo para describir procesos creativos en los que participan, de manera sucesiva, inteligencias humanas e inteligencia artificial.
2. Reconoce el papel de la IA, pero evita atribuirle una creatividad autónoma que hoy no podemos demostrar.
3. Coloca al juicio humano en el centro, porque deja claro que el significado artístico no emerge automáticamente de la combinación, sino de la interpretación consciente.

La expresión "distribuido" no disminuye la responsabilidad del creador. La hace todavía más evidente. La creatividad sigue perteneciendo al artista. La reorganización de las ideas puede desarrollarse ahora mediante una conversación continua entre varias inteligencias que participan sucesivamente en una misma obra. Cuantos más interlocutores participan en el proceso, mayor importancia adquiere el juicio del artista.

Porque alguien debe decidir. Alguien debe distinguir entre una posibilidad interesante y una verdadera obra. Alguien debe reconocer cuándo una combinación adquiere significado.

Ésa sigue siendo una responsabilidad profundamente humana. La inteligencia artificial puede proponer miles de combinaciones. No puede decidir cuál de ellas expresa mejor una emoción, una experiencia o una intuición estética.

El juicio continúa perteneciendo al creador. Por eso esta experiencia no modifica la esencia de mi teoría. La confirma.

Nada nace de la nada.

Tampoco las propuestas de la inteligencia artificial nacen de la nada. También ellas reorganizan un universo previo. La diferencia consiste en que, por primera vez, ese universo previo ya no pertenece exclusivamente a la memoria de un artista. Puede construirse mediante el diálogo entre varias inteligencias que colaboran sucesivamente en la evolución de una misma idea.

Quizá ésa sea una de las transformaciones más profundas que la inteligencia

artificial está introduciendo en la historia de la creatividad.

No porque haya reemplazado al artista. Sino porque ha ampliado el espacio donde las ideas pueden encontrarse, combinarse y evolucionar.

Y comprendí entonces que el verdadero cambio no consiste en que las máquinas aprendan a crear. Consiste en que los seres humanos estamos aprendiendo una nueva forma de dialogar con la creación.

Cuando leí y comenté los libros de Mario, me pregunté si estaba inaugurando un nuevo género literario. Hoy creo que la respuesta es todavía más interesante. Quizá Mario no inauguró un género. Inauguró un experimento. Y los experimentos, cuando iluminan un fenómeno nuevo, son precisamente el punto de partida de las teorías.

VII. El tercer taller

Durante siglos, el taller del artista fue un lugar perfectamente identificable. Era el espacio donde el pintor preparaba sus pigmentos, donde el escultor golpeaba la piedra o soldaba el metal y donde cada obra adquiría lentamente su forma definitiva. Allí ocurría el encuentro entre la imaginación y la materia.

Con el tiempo comprendimos que existía otro taller. Invisible. Mucho antes de que una obra llegara al mármol o al acero, ya había comenzado a construirse en la memoria del artista.

Ese segundo taller estaba formado por recuerdos, lecturas, experiencias, emociones, viajes, conversaciones y descubrimientos. Era el lugar donde la imaginación reorganizaba el mundo antes de transformarlo en una obra.

Durante muchos años pensé que esos dos talleres eran suficientes para explicar el proceso creativo.

La experiencia compartida con Mario Permut me obligó a reconsiderar esa idea. No porque los dos primeros hubieran dejado de existir. Sino porque apareció un tercero. Un espacio completamente nuevo. No está construido con paredes. No contiene herramientas. No guarda esculturas. Su materia prima son las relaciones.

La inteligencia artificial ha abierto un taller donde las ideas pueden dialogar con una velocidad y una amplitud desconocidas hasta ahora. Allí una imagen puede convertirse en miles de posibilidades. Un estilo puede analizarse desde múltiples perspectivas. Una pregunta puede recibir respuestas inesperadas.

Pero ese taller posee una característica esencial. No produce obras. Produce conversaciones.

Comprendí entonces que el tercer taller no sustituye al primero ni al segundo. Los conecta. La idea nace en la experiencia humana. Se expande mediante el diálogo con la inteligencia artificial. Regresa finalmente al taller físico para enfrentarse a la resistencia de la materia.

La creatividad viaja continuamente entre esos tres espacios. Cada uno cumple una función distinta. El taller interior proporciona significado. El taller digital amplía las posibilidades. El taller físico convierte las posibilidades en realidad.

Si cualquiera de ellos desaparece, el proceso queda incompleto. Una imaginación sin materia produce únicamente sueños. La materia sin imaginación produce únicamente objetos. La inteligencia artificial sin juicio humano produce únicamente combinaciones.

La obra aparece cuando los tres talleres consiguen dialogar entre sí.

Mientras construía la escultura para Mario comprendí que estaba entrando y saliendo continuamente de esos tres espacios. Recordaba experiencias acumuladas durante décadas. Conversaba con una propuesta nacida del diálogo entre Mario y la inteligencia artificial. Volvía una y otra vez al hierro para comprobar si aquella conversación podía sostenerse físicamente.

Nunca había sido tan consciente de ese recorrido.

Entonces comprendí algo que quizá explique buena parte del futuro del arte.

La inteligencia artificial no ha construido un nuevo taller para reemplazar a los anteriores. Ha construido un puente entre ellos.

Y quizá ésa sea su contribución más importante. No fabricar obras. Facilitar nuevas conversaciones entre la memoria, la imaginación y la materia.

Al terminar la escultura tuve la sensación de haber recorrido un territorio que hasta hace poco no existía. El taller seguía siendo el mismo. Las herramientas seguían siendo las mismas. El hierro seguía respondiendo con la misma nobleza y la misma resistencia de siempre. Lo que había cambiado era el camino que la idea había recorrido antes de llegar a mis manos.

Y comprendí entonces que el verdadero taller del siglo XXI ya no puede definirse únicamente por el espacio donde trabaja el artista. Debe definirse por la calidad de los diálogos que hacen posible la obra.

Ninguna gran idea nace en aislamiento.

VIII. La conversación continúa

Mientras escribo estas páginas, la escultura permanece todavía en mi taller. Ha sido terminada. El hierro ya encontró su forma definitiva. Las soldaduras se enfriaron.

La obra espera. Yo también. Espero el momento de poder colocarla en las manos de Mario y contemplar su reacción. Confío en Dios profundamente, en que ese encuentro llegue.

Porque, aunque toda escultura termina cuando el escultor deja de trabajar sobre ella, hay obras cuya historia apenas comienza cuando abandonan el taller. Ésta es una de ellas.

Con frecuencia se afirma que el arte consiste en producir objetos. Nunca lo he creído. Las esculturas no son únicamente formas. Son conversaciones materializadas. Cada una conserva la memoria de las preguntas que le dieron origen.

En esta obra conviven una amistad de muchos años, una enfermedad enfrentada con esperanza, dos libros nacidos del diálogo con la inteligencia artificial y el deseo profundamente humano de decirle a un amigo que la creatividad no conoce edad y que la imaginación tampoco conoce hospitales.

Cuando observo esta escultura ya no veo únicamente hierro. Veo una conversación.

Primero fue la conversación entre dos personas que durante décadas compartieron el arte como un espacio de encuentro.

Después apareció una tercera voz. La inteligencia artificial. No para reemplazar a ninguna de las otras dos. Sino para ampliar el territorio del diálogo.

Finalmente habló el hierro. Y comprendí que la materia también tiene algo que decir cuando el artista aprende a escucharla.

Quizá eso sea lo que realmente hemos descubierto.

“La creatividad nunca fue un acto solitario. Siempre fue una conversación.”

Durante siglos dialogamos con la naturaleza, con los maestros del pasado, con la memoria y con los materiales. Nuestra época simplemente ha incorporado un nuevo interlocutor. Todavía estamos aprendiendo a conversar con él.

No sabemos hasta dónde llegará esta tecnología. No sabemos qué nuevas posibilidades abrirá ni qué desafíos planteará. Tampoco sabemos qué preguntas surgirán cuando nuevas generaciones de artistas crezcan dialogando

naturalmente con inteligencias artificiales.

Lo que sí sabemos es algo mucho más importante. Ninguna tecnología podrá sustituir la responsabilidad profundamente humana de encontrar significado.

Las máquinas podrán proponer infinitas combinaciones. El sentido seguirá naciendo en la conciencia del creador. Ésa continúa siendo la frontera que define el arte.

Al comenzar este ensayo pensé que estaba escribiendo sobre una escultura. Después creí que escribía sobre la inteligencia artificial.

Hoy comprendo que el verdadero tema ha sido otro. He escrito sobre la amistad. Porque fue la amistad la que inició esta historia. Fue la amistad la que decidió responder a la enfermedad con una obra. Fue la amistad la que convirtió una conversación tecnológica en una experiencia profundamente humana.

Quizá por eso la inteligencia artificial nunca aparece aquí como protagonista. El verdadero protagonista sigue siendo el ser humano cuando decide crear para otro ser humano.

Y entonces comprendí que esta experiencia también iluminaba una idea que durante años había defendido en mis conferencias sobre creatividad.

Nada nace de la nada.

Tampoco esta escultura.

Nació de una amistad. De una conversación. De la memoria. Del diálogo. Del metal.

Y de una pregunta que Mario tuvo el valor de formular antes que muchos otros:

¿Qué puede ocurrir cuando un artista decide conversar seriamente con una inteligencia artificial?

Todavía no conocemos todas las respuestas. Quizá nunca las conozcamos por completo. Pero las grandes transformaciones culturales casi nunca comienzan con una respuesta. Comienzan con una pregunta. Y con alguien suficientemente curioso para formularla.

Epílogo

Si algún día esta escultura llega a ocupar un lugar en el estudio de Mario, espero que no sea contemplada únicamente como una obra de hierro.

Espero que recuerde una conversación.

Porque, al final, las esculturas envejecen. Los libros también. Las tecnologías cambian.

Pero las conversaciones capaces de transformar nuestra manera de comprender el mundo permanecen vivas mucho después de que el último golpe de martillo ha dejado de escucharse.

Y estoy convencido de que ésta apenas comienza.

Quizá el mayor descubrimiento de esta experiencia no fue comprobar que una inteligencia artificial puede participar en un proceso creativo.

No partimos de una teoría para buscar ejemplos. Partimos de una experiencia real para llegar a una teoría. La experiencia concreta ilumina una idea general.

El verdadero descubrimiento fue comprender que toda creación auténtica nace siempre de un diálogo. Primero dialogamos con la memoria. Después con las ideas. Más tarde con la materia. Y, desde comienzos del siglo XXI, también podemos dialogar con una inteligencia artificial.

Pero el sentido de la obra continúa naciendo allí donde siempre ha nacido: en la conciencia humana capaz de transformar una conversación en significado. Trata del nacimiento de una nueva forma de colaborar en el acto creador.

Post scriptum

Cuando terminé este ensayo, Mario todavía permanecía hospitalizado.

No sé qué ocurrirá cuando este libro llegue a manos del lector. Quizá la escultura ya descanse en su estudio. Quizá siga esperando ese encuentro.

No puedo escribir el final de esta historia porque todavía no ha sucedido. Y, pensándolo bien, tampoco quiero hacerlo.

Las mejores conversaciones nunca terminan.

Simplemente encuentran nuevos interlocutores.